

Antenor Orrego

## Las dos corrientes psíquicas complementarias en la vida latinoamericana

### I

#### LA CONVERGENCIA DE LOS CAMINOS



AS ideas que vamos a desarrollar hoy las formulamos, por vez primera y en forma breve y esquemática, hace algunos años. No pasaron inadvertidas para la prensa del continente, algunos de cuyos órganos las reprodujeron con sus respectivos comentarios al margen. De entonces acá, la visión del autor se ha clarificado más, los conceptos se han precisado y enriquecido, las ideas han cobrado una más amplia parábola mental. Este desarrollo sucesivo, que abraza un lapso de cuatro o cinco años, se intenta articular hoy ante los lectores latinoamericanos.

La historia nos enseña, en múltiples ejemplos, que cuando nace un nuevo pueblo a la vida de la cultura y, por lo tanto, a la vida de la historia, hay una colisión,

en los estratos iniciales, de dos o más pueblos, de dos o más culturas, de dos o más espíritus colectivos. Es ley de la historia que los pueblos se fecunden unos a otros y que, solamente, chocándose y fundiéndose pueden engendrar una continuidad y una superación biológicas. Cuando el cuerpo físico de una nación, la forma material y tangible a través de la cual se expresa un aspecto del espíritu universal no se halla ya en condiciones de ser un instrumento maleable y flexible a las nuevas exigencias, cuando se ha anquilosado y endurecido hasta el punto de estar imposibilitado para permeabilizar las renovadas impulsiones de la historia y continuar el proceso evolutivo, ese cuerpo debe perecer para dar paso a una nueva estructura orgánica que sea capaz de responder, por su flexibilidad y por su juventud, a la articulación de destinos superiores.

En algunos casos, en los más, si es que atendemos sólo a la perspectiva histórica conocida, no pasa de una mera cuita o peripecia dramática, pero en América son tales los caracteres de violencia en el choque, tales los caracteres de tragedia con que se produce, que alcanza las proporciones de una verdadera catástrofe, de una tremenda deflagración psíquica que no puede compararse, siquiera, con la más grande colisión que nos ofrece el mundo de Occidente: la invasión del Imperio Romano por los bárbaros.

La amplitud de la catástrofe americana está en relación con la amplitud de la construcción futura. No es ya un simple matiz de raza o de cultura que va a ex-

presarse en el Nuevo Continente, sino un aspecto fundamental y nuevo del espíritu universal, una nueva criatura cósmica que está estructurándose en sus entrañas, un nuevo mensaje humano que debe surgir de sus senos juveniles. América importa para Europa y para el mundo, lo que Europa importó para la cultura del Mundo Antiguo; lo que el cristianismo significó, como religión, para todo el mundo religioso de la antigüedad. Mas, como el progreso no es rectilíneo, sino en espiral en cada círculo concéntrico abraza una mayor y más dilatada trayectoria. América está destinada a una mayor proyección cultural y humana. No se trata de un simple mesianismo colectivo, se trata de una correlación dialéctica que se hace patente a poco que observemos con ojos profundos la vida continental presente en relación con el porvenir, a poco que la inteligencia del pensador valúe el sentido total y racional del proceso.

## II

### LA PUGNA UNILATERAL Y EXCLUYENTE

Era natural que la pugna de dos razas y de dos culturas, consumada con tanta distensión explosiva, engendrara, también, dos formas friccionantes en el sentimiento y en el pensamiento de los latinoamericanos. De allí las dos tesis opuestas, contradictoras y en abierta beligerancia que se plantean durante todo el coloniaje y

que aun hoy contienden, en airado palenque ideológico y estético; la tesis indigenista y la tesis europeizante.

El hecho de que esta pugna aun se produzca en los planos intelectual y estético, cuando ya se ha extinguido casi su vigencia histórica, nos revela hasta que punto los intelectuales y los artistas latinoamericanos están impregnados todavía de una mentalidad colonial, regresiva y desactualizada.

Hay escritores indigenistas que preconizan el advenimiento de una América indígena, en el sentido regresivo de la resurrección de las culturas pasadas. Para ello tienen aparentes y superficiales buenas razones. Dicen que en cada país—en Bolivia, Perú, Ecuador, México, principalmente—, la raza blanca apenas alcanza algunos millares, en tanto que el indio se cuenta por millones y que, a la larga, esta inmensa mayoría indígena habrá de ahogar a la minoría europea.

Olvidan tales escritores que no es la masa cuantitativa la que determina el futuro de una raza, sino los elementos y factores psíquicos que están transformando, día por día, la contextura mental, espiritual y física de los pueblos. La piel blanca o cobriza no tiene importancia, sino lo que está actuando por detrás, por debajo o por encima de esa piel y que determina, en realidad, las transformaciones decisivas.

Si algo ha evidenciado la conquista con carácter axiomático, es que el indio había llegado a un estado de decadencia perfectamente diagnosticable y que, a la llegada de los españoles, sólo vivía y se nutría espiri-

tualmente de su grandeza pasada. El indio se había hecho, por su falta de flexibilidad, por su cristalización psíquica, un instrumento inadecuado de evolución y de progreso. Lo prueba el hecho de que la estructura de los imperios incaico y azteca se rompió en mil pedazos, como un vidrio frágil, a los primeros impactos de una cultura extraña. Lo que queda hoy para la admiración maravillada de la ciencia arqueológica fué creado muchos siglos atrás por civilizaciones anteriores, de las cuales era un mero reflejo, debilitado, amortiguado y decadente, los imperios que sojuzgaron los europeos. Para ilustrar este período indígena agónico, es particularmente significativa la rivalidad entre Huáscar y Atahualpa, en la que pereció, envenenado, el primero.

La conseja que cuenta este crimen en sus detalles es de tal crueldad, de tal codicia y de tal refinamiento, que se hace digna de una típica intriga palaciega de Bajo Imperio. Era el bizantinismo de América, en momentos muy semejantes a aquellos en que el graznido de los gansos del Capitolio, al escuchar las pisadas y los relinchos de los caballos de los bárbaros, anunciaban la ruina del Imperio Romano.

Gran parte del arte indigenista latinoamericano de hoy carece de valores estéticos esenciales, salvo excepciones aisladas y geniales, que no cuentan en una perspectiva de conjunto. Carece de un gran estilo estético, de un estilo vivo y de amplia trayectoria humana. Arte decorativo, de copia y de estilización al detalle en que falta el soplo creador, insuflando potencia vital a una

cultura. Arte que no acierta a rebasar los límites mezquinos de lo pintoresco, que carece de vibración cósmica y que sirve de material exótico de exportación para los snobs de Europa, como los chulos, las majas, los toreros y el barrio de Triana, en lo que se refiere a los españoles. América no está allí, como no lo está España en la literatura chulesca y desgarrada de Teófilo Gautier.

Se olvida, igualmente, que la historia nunca da paso atrás, aunque hayan sedicentes teorías que lo sostengan, y que si América Latina ha de expresar un mensaje original para el mundo ha de ser hacia el porvenir y hacia adelante. Ha de ser obra de creación y no de copia regresiva, tarea epigenética y hacia el futuro. El estudio y la comprensión del pasado ha de servir como alumbramiento del porvenir y no para volver las espaldas y petrificarse como la mujer de Lot.

Empero, si es absurdo el prurito indigenista, es más absurdo y antibiológico el prurito europeizante a ultranza. Además de que América reclama ante Europa su autonomía mental y espiritual, sabemos por la experiencia durante cuatro siglos que el ambiente telúrico americano actúa sobre el europeo como un corrosivo disolvente, física, psíquica y mentalmente. Ya hemos dicho en otra parte que el criollo latinoamericano, producto de la colisión de las dos razas y de las dos culturas, es la degradación de ambas, hasta un grado increíble. Es la ganga humana que torna al caos, para resurgir

de allí como un organismo más adaptable y flexible a las nuevas condiciones.

Ni el indio, como indio; ni el europeo, como europeo puro, tienen porvenir en América. Pero ellos constituyen los dos factores complementarios de una nueva conformación física, psíquica y mental que ya comienza en el Nuevo Mundo a dibujar sus perfiles. Como le repetimos, que la piel sea blanca o que la piel sea cobriza no reviste trascendencia alguna; lo importante es el nuevo juego de fuerzas que se estructuran en el continente, como un todo unitario y que será el instrumento de una nueva expresión del espíritu universal.

### III

#### MEXICANIZACION Y ARGENTINIZACION DE AMERICA

La vida más profunda de Latinoamérica se verifica mediante estas dos corrientes poderosas que son complementarias, como lo hemos dicho, y que se las descubre a poco de mirar con cierta videncia panorámica. Dos corrientes que marcan su presencia vigorosa y que realizan su labor constructora; por debajo y por encima de la algarabía oficial de cancillerías y gobiernos, en todos los aspectos de la vida continental. Ellas son la clave que esclarece el significado de casi todo nuestro pasado después de la Conquista y que incluye el sentido más hondo y, por eso, el sentido primordial del porvenir. Dos corrientes vitales que son como la savia

de un organismo, cuyo problema biológico se planteó para la civilización humana, hace cuatro o cinco siglos. Problema que importa, como antes lo expresáramos, no solamente la continuidad histórica de la cultura occidental, sino la definición inédita y original de un nuevo aspecto del espíritu humano.

Una corriente centrípeta que va del corazón hacia los contornos, que fluye del centro hacia las extremidades, que se dilata de la médula hacia los términos fronterizos: la corriente vernácula, indígena o telúrica del continente. Otra corriente periférica que viene de las arterias al corazón, de la esperma al óvulo, del exterior hacia la matriz, de las extremidades fecundantes hacia el centro vitalizador: la corriente europea, occidental o foránea. La una se expansiona y se abre como los radios de una circunferencia. La otra, se contrae y se centraliza, como el punto generador de un círculo.

Podemos tipificar estas dos corrientes en los dos países que representan la esencia más pura de cada una: México para la corriente indígena o vernácula; Argentina para la corriente europea u occidental. La una, que corre de norte a sur y la otra, de sur a norte. Doble palpitación peristáltica que llena y colma del porvenir los lomos turgentes de los Andes. Movimiento de irradiación hacia fuera y movimiento de concentración hacia el corazón. Movimiento de absorción hacia el centro, movimiento de dispersión hacia la periferia. Si México es la antigua y potente sangre india, Argentina es la aireación y la oxigenación europeas. La ca-

pital azteca, como el Cuzco en el Perú, es la matriz, el óvulo eterno de toda americanidad; Buenos Aires, la capital argentina, es el gran ventanal del continente que descubre los amplios horizontes del mundo; es el eslabón que nos une, como el cordón umbilical de un continente, al espíritu universal de la Tierra. Sangre india, pulmones europeos, he aquí la fórmula esquemática de nuestra vida psíquica.

Y esta doble corriente general se repite, como epitome y compendio de la vida latinoamericana, en cada uno de los países tomados aisladamente, aunque en algunos el matiz sea tan tenue que se necesita para distinguirlo de una cierta perspicacia en la mirada. En la Argentina, movimiento de la pampa hacia Buenos Aires y retorno de Buenos Aires a la pampa. En el Perú, movimiento del norte hacia el centro y movimiento del Cuzco hacia Lima. En México, movimiento de la capital hacia las provincias y de las provincias hacia la capital. El cholo, el gaucho, el llanero, el charro, el mestizo de toda América son tipos étnicos y culturales que emergen del fondo de la vida continental, como productos de la actuación de estas dos corrientes vitales. Son ellos el testimonio vivo y patente de un proceso que radica en la profundidad de las entrañas americana.

Nada comprenderemos de nuestro pasado y nada podremos hacer por nuestro porvenir, si no acertamos a incorporar a nuestra conciencia vigilante la sustantividad de esta doble corriente que actúa en los planos o

bases primordiales de América. Allí encontraremos el hilo de Ariada que nos explique los días pretéritos de la Conquista y de la Colonia y que ponga en nuestras manos los poderes constructores del presente y las potencias creadoras del futuro.

Con la frase *mexicación y argentinización de América*, no queremos expresar la expansión absorbente de dos imperialismos económicos y políticos. Queremos sola destacar el perfil de dos símbolos, que constituyen los vehículos espirituales de una futura y auténtica cultura latinoamericana. Invitamos a agitar y articular las ideas y realidades básicas del continente en este instante decisivo y, por lo mismo, dramático y trágico de nuestra historia. Debemos elevar nuestra conciencia cívica, emplazándola en los planos superiores, donde se forja el substrátum permanente de nuestros pueblos y del cual los hechos concretos no son sino el alfabeto gramatical de su vida más profunda.

Cajamarca (Perú), julio de 1935.